

LA RISA LOCA

POR EL DR. ENRIQUE O. ARAGON

Va a hacer diez años: el 4 de abril de 1913, después de un día de gran trabajo y azás fatigoso, recogíme temprano y pedí al sueño el descanso que bien necesitaba. No tardó mucho en venir y de quedar por completo sumergido en él mi cuerpo y mi espíritu, que habrían reposado mayor tiempo a no ser por el ruido del aldabón de la puerta de la calle golpeado por mano impaciente que de este modo me llamaba presurosa. Abrí con dificultad los ojos, hice luz en la pieza, desperecéme un poco, y traté de esperar para rectificar si no habría sufrido una alucinación: cuando el golpetear pertinaz me confirmó la realidad. Dirigí mi mirada al reloj, creyendo que tan solo habría dormido unos minutos y pude notar (primera equivocación) que llevaba ya tres horas de hacerlo: eran las 11 de la noche. En fin, vestíme de prisa, porque el sonar que oía me indicaba era algo urgente, abriguéme bien, la noche estaba fría y bajé. Salí y encontréme a un joven, preso de gran violencia, quien me hizo subir a un automóvil que partió veloz, por lo que calculé la distancia sería enorme (y segunda equivocación) paró a unas seis calles de mi domicilio, que es vuestro; se detuvo en una de las del General Prim. Por la precipitación que llevo narrada y como todavía mi acompañante nada me había dicho, entré in mente en el terreno de las hipótesis y supuse que iba a asistir a un cuadro de dolor o sufrimiento que tendría que calmar, máxime cuando al entrar, la casa se hallaba en movimiento y varias personas iban y venían en distintas direcciones. Pero, (tercera equivocación) uno de los allí reunidos me dijo: «pase usted doctor y vea como rie». En efecto encontréme en una recámara y recostada en una cama a una joven como de 18 años de edad y que reía a carcajada suelta, de cuya duración se me informó llevaba ya desde las 7 de la tarde. En el cómputo que se hace hoy, desde las 19 e iban a dar las 24. He aquí lo que había pasado: a esa hora, habíase sentado la familia en derredor de la mesa para cenar y joviales todos, habíanse comunicado impresiones festivas que hicieron estallar hilaridad general (imitación y contagio son su ley) pero de pronto todos

callaron y la joven en cuestión siguió riendo prolongadamente. Al principio se creyó en una ficción o simulación, pero aquello no pasaba y era inextinguible como habría dicho Dugas. La risa se hizo obsesión y no cesaba, pero no se acompañó de fenómenos convulsivos generales ni pérdida del conocimiento. A veces tenía modulaciones, se intensificaba o disminuía en sonoridad pero no llegaba a faltar. Transladaron a la joven a su lecho, le aflojaron las ropas, se le quitó el corsé que le oprimía y se le dieron a oler sales volátiles, éter, etc, sin ningún resultado. Su cara seguía manifestando júbilo, sus ojos brillaban y reía, reía indefinidamente sin experimentar cansancio. La observé durante algún tiempo y pude anotar dos fenómenos. De vez en cuando y coincidiendo con animación del rostro, subía la risa de tono y estallaba con más fuerza, como si asociación de ideas ridículas la provocasen; y en los intervalos de esos períodos de intensificación, quedaba con carácter espasmódico y reflejo, parecía como si la parte representativa repetida mantuviera a raya a la fisiológica transformándola en patológica por su constancia. La risa no tenía el carácter de sardónica, tampoco estaba mezclada con llanto. Era pura y no desvirtuada, pero no por eso sin constituir un tormento para los que la contemplaban, inclusive yo. La causa primordial y que la había traído ya no existía, pues todos los semblantes se habían tornado serios y de cuya seriedad ella no hacía caso; parecía como si a todos hubiera quitado, robado su buen humor para aumentarlo en su persona. Yo creo que en esa risa estereotipada había abdicado de su voluntad y en atención pasiva hacia ella, se dejaba llevar; era una risa loca y desgobernada. Alguien, antes de que llegara yo, había intentado poner la camisa de fuerza a esa risa, asustando a la joven, provocando el miedo como dice el vulgo que se quita el hipo, y el resultado había sido negativo. Otra persona había oscurecido el lugar para que la joven no mirase objetos ni seres, pero en la obscuridad aquella señorita había seguido riendo y es que la risa venía de dentro, de su yo.

En resumidas cuentas, me encontraba frente a una risa desbocada y desenfrenada que había que inhibir a toda costa. El caso podía ser serio, si se realizaba o reproducía el caso de Janet y Raymond que persistió cuatro meses.

Parece increíble, pero el principio del contraste domina nuestra vida, de modo que si en el taciturno hay que buscar la risa; en el *rietus* hay que borrarla; por eso al lado de la apología de ella cabe su detracción cuando es enfermiza, con esto más, que en la última forma es una antinomia, es un contrasentido en la persona en quien se presenta.

En el hecho concreto, principié por ponerle a la enferma una inyección hipodérmica de Sedol, mezcla como sabéis muy bien de Bromhidrato de Escopolamina, Clorhidrato de Morfina y Etilmorfina. Nada se consiguió con

esto y al cabo de media hora pensé en cloroformarla, para con la anestesia general traer la relajación muscular y quitar el tono a los músculos que corporalmente entran en juego en la mímica para producir la risa, calmar al diafragma en su papel y por último suprimir también toda causa intelectual y aun emotiva, así como de irritación cortical cerebral; pero antes de ello, ejercí comprensión viva en sus dos ovarios que estaban dolorosos. Debo entre paréntesis decir, que la señorita llevaba día y medio de menstruación y que por lo tanto el dolor podía ser explicado por la congestión en el fenómeno de ovulación concomitante.

En el No 1 del Tomo XXVIII del periódico «La Escuela de Medicina» está publicado un trabajo mío acerca de «La compresión de los ovarios en las histéricas» procedimiento usado para dominar algunos de sus fenómenos y procedimiento eficaz en algunas de sus manifestaciones cuya estadística está en el trabajo de referencia. Pues bien, el nuevo hecho debe formar parte de la lista antigua, aún cuando por su naturaleza y aspecto raro, se separa de los restantes. En efecto, la compresión continuada durante 10 minutos, hizo que poco a poco ese desbordamiento de risa, fuera disminuyendo de la carcajada plena, a la risa intensa, después a la mediana, más tarde a la paroxística o interrumpida y al último a la sonrisa, para a su vez ésta borrarse con los matices que pudieran quedar de ella; fue como un incendio que se apagó lento, quedando la enferma dormida tranquilamente y sin que en su sopor imágenes de cualquiera especie turbasen su quietud. Es indudable que la inyección puesta al principio, hizo sentir sus efectos, aun cuando mediatos.

Informado por la familia, supe que era la primera vez que dicho acceso se presentaba. La joven no había tenido antes ningún ataque, ni fenómenos convulsivos de otra naturaleza. Solo su temperamento era nervioso e hiperexcitable y la coexistencia, del período menstrual probablemente era mas que simple coexistencia, entrando en buena parte como una de sus causas. Aquí pues la risa desbordante que tuvo; no fue un epifenómeno substituyendo al aura o como término resolutivo del ataque, sino que fue, de la clasificación hecha por Ingenieros, la de un accidente histérico independiente y monosintomático, no paroxístico y permanente.

Como tratamiento, dejé unas cápsulas de Bornyval, para que tomase los días siguientes 3 diarias y aconsejé el que se procurara impedir toda expresión jovial intensa que pudiera repetir el acceso. En seguida me retiré y al volver a casa fueron incidentalmente apareciendo y desfilando ante mi memoria las distintas risas señaladas: la carcajada del palurdo, la risa de buen tono semi-contenida, la sonrisa, la ligada al *humour*, la intelectual, la motivada por el retruécano o el *calembour*, la clownesca (a veces con sufrimiento interno) del que aquella es una máscara, la refleja por cosquilleo,

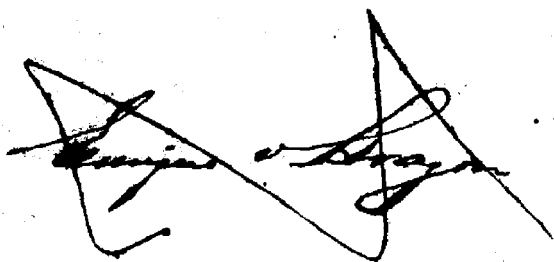
la infantil, la del bobo, la de descarga de Spencer, la del salvaje que ríe cuando atormenta al prisionero, la atávica cuando gozamos con la caída de un transeunte, la mordaz, la burlona o Voltairiana, la bufona de Esopo, la de caricatura cuando se pone alguién en la picota del ridículo, la maligna o Mefistofélica, la hipócrita, la que tiene como fondo a la emoción alegría, la simpática o contagiada en la multitud, la ligada al estado de salud franca, la que frecuentemente aparece en el humor de jovialidad, la de Demócrite, que rió toda su vida a diferencia de Heráclito que lloró toda su existencia la expresión de un sentimiento de poder y libertad como la que lanzaban los héroes de Homero y que cita Hoffding, y al lado de estas otras patológicas: la del imbécil o del idiota, la del delincuente estúpido, la de la histérica, la tóxica del protóxido de azoe, la espasmódica del hemipléjico por irritación del segmento capsular anterior en el trayecto del haz geniculado (Burzio) la provocada por lesión diafragmática, la sardónica, la del maniaco, la enervante del psicasténico, la tranquila del melancólico y tantas otras desquiciadas, locas y de euforia engañosa; la del paralítico general de forma expansiva, la del ebrio y del alcohólico y las formas distintas acompañando al delirio.

Cualquiera estaría inclinado a creer que en un manicomio no debería hallar entrada a la risa porque ésta corresponde a la felicidad, pero nada más falaz, tras de los barrotes o rejas de cada celda además de la desesperación y la desgracia está ella y se dice que como compensación hay quien la canta. Otras veces hasta artificialmente se la crea. Recuerdo a este respecto un caso curioso. Hace años en el Hospital de la Canoa, dos megalómanas hicieron la singular apuesta de quién de ellas reiría mejor y en el esfuerzo que cada una hacía; quedaron enfrentadas como catatónicas, reflejando la una como espejo la risa de la otra; algo así como dos estatuas animadas, pero solo riendo. Se las separó y cada una creía seguir oyendo el eco de su compañera, el alma demoniaca y de risa que había entrado en el cuerpo decía la primera, mientras que la segunda afirmaba que la que llegaba a ella era un sonido debilitado, por que con su voz había alcanzado la victoria.

Por algo también a la Diosa Locura en el Carnaval se la simboliza riendo grotescamente y no se sabe entonces si la locura es risa o la risa, locura. El brevaje que la produce y mistifica entonces, la eleva potencialmente hasta el júbilo.

Hay también esto otro de particular: el hombre es el único animal que ríe, es propio de él el reír, según el satírico escritor francés; los animales no ríen. Sólo el hombre y cuando éste no lo hace, desconfiad no es capaz de un acto de bondad quien nunca ha tenido en su rostro dibujada la risa.

Hasta aquí iba en mis elucubraciones, cuando al regresar de mi citada visita, llegué a mi domicilio. Entré, inconcientemente me desvestí, e impresionado tanto por lo que había visto como por lo que en forma kaleidoscópica había pensado, al poner la cabeza en la almohada, rectifiqué que no es siempre bueno ni cierto el aforismo de que «el que mejor ríe es el que ríe con risa final».

A stylized, handwritten signature in black ink, featuring a large, sweeping 'A' shape that frames the text.